



**¿una política  
anticomunista  
estéril?**



## george lister

*El autor de este folleto ha pertenecido al servicio diplomático de los Estados Unidos durante más de veinte años. Sus primeras misiones las desempeñó en Bogotá y en Buenaventura (Colombia). Se ha especializado en el campo de los asuntos comunistas, ha servido en Moscú y en Varsovia y ha pasado varios años en la Oficina de Asuntos de Europa Oriental, en el Departamento de Estado.*

*El último puesto que desempeñó el Sr. Lister en el exterior fue en Roma y entre otras de sus misiones especiales, asistió a la Conferencia de Ginebra sobre Laos, en 1961. Preparó este folleto en 1966, mientras ocupaba el cargo de consejero político en la Oficina de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado.*

*El Sr. Lister nació en Chicago y se graduó en el City College de Nueva York (universidad) en 1938. Es un apasionado lector y en sus actuales funciones como diplomático dedica cierta parte de su tiempo al intercambio de puntos de vista con visitantes extranjeros y norteamericanos, acerca de la política exterior de los Estados Unidos y de diversos aspectos de la vida norteamericana.*

*Este folleto presenta, en parte, sus respuestas a algunas de las preguntas que se le han formulado con mayor frecuencia.*

## ¿una política anticomunista estéril ?

por George Lister

*¿Por qué están los Estados Unidos tan obsesionados por el anticomunismo, que temen y se oponen a todo cambio político, económico y social en el Mundo Libre?  
¿Por qué apoyan los Estados Unidos las dictaduras de derecha?*

Estas son preguntas que formulan frecuentemente quienes critican la política exterior de los Estados Unidos. El hecho de que aun críticos sinceros y bien intencionados hagan dichas preguntas revela el grado de confusión y mal entendimiento que todavía prevalece cuando se trata de nuestros objetivos y políticas. Más adelante les daremos algunas respuestas directas. No intentamos con ellas hacer un análisis profundo del tema; para hacerlo serían necesarias muchas páginas y aun volúmenes. Los párrafos siguientes, más bien, intentan proporcionar unas cuantas respuestas, tan breve y claramente como sea posible, aun a riesgo de hacer una simplificación excesiva, de no mencionar

varias facetas importantes y de dejar sin contestar algunas preguntas pertinentes. Aquellos que deseen una explicación más detallada de nuestra línea de conducta la encontrarán en innumerables discursos y declaraciones hechas por funcionarios del gobierno de los Estados Unidos, así como en una gran cantidad de documentos publicados por el propio gobierno.

Hay que decir, para empezar, que las preguntas formuladas en el párrafo inicial no se pueden contestar sin hacer referencia a los dos principales objetivos de la actual política exterior de los Estados Unidos.

Nuestra primera finalidad es muy sencilla: sobrevivir como nación independiente. Por desgracia, en este mundo nuestro, tan imperfecto aún, abundan el odio, la ignorancia, la injusticia, la violencia y la incertidumbre. Tanto para un individuo como para una nación, la mera supervivencia no siempre es fácil. Así pues, el primer objetivo de los Estados Unidos es, sencillamente, la supervivencia. El segundo objetivo básico de nuestra actual política exterior consiste en la extensión y el fortalecimiento de la democracia, tanto fuera como dentro de nuestra patria. Esta finalidad democrática obedece a dos causas apremiantes. La primera: se ha hecho absolutamente obvio que un mundo democrático es el mundo más seguro para los Estados Unidos. Tenemos irritantes disputas con otros países democráticos; pero los problemas críticos, los realmente peligrosos, surgen con las dictaduras, sobre todo las dictaduras totalitarias del comunismo y del fascismo. No hay más que estudiar la historia de las tres últimas décadas para ver la exactitud de esta

afirmación. En consecuencia, exclusivamente por razones prácticas y de interés propio, resulta conveniente para los Estados Unidos promover el desarrollo de un mundo más democrático. La segunda razón de nuestro objetivo democrático se basa en nuestra creencia de que un mundo democrático no sólo es un mundo más seguro, sino también un mundo mejor. En otras palabras, una clara y positiva ideología democrática anima al gobierno de los Estados Unidos.

## ¿La Democracia?

Al llegar a este punto, se hace preciso recalcar que la palabra "democracia" no se usa aquí sólo con una estrecha definición política. La democracia abarca mucho más que unas pasajeras elecciones políticas; y la importancia de tales elecciones —por limpias que sean— será muy limitada si las grandes masas de la población son pobres, explotadas e ignorantes y si carecen de las oportunidades necesarias para mejorar su condición. Democracia verdadera significa no sólo democracia política, sino también democracia económica y social. Asimismo, debe dejarse bien sentado que la palabra "democracia" no se usa aquí como un sinónimo de "sistema de vida norteamericano," o de capitalismo. No intentamos gobernar o dominar el mundo. Tampoco aceptamos los viejos y desprestigiados clichés marxista-leninistas que todavía interpretan la

lucha básica de la actualidad como una pugna entre el capitalismo y el socialismo. Los Estados Unidos no están tratando de imponer a otros países ni un modo de vivir, ni una dictadura política, ni un sistema económico. Ese es el papel manifestado que los comunistas y fascistas desempeñan en la historia. Desde el punto de vista de los Estados Unidos, es infinitamente mejor para cada nación y cada pueblo tener una oportunidad de desarrollar su propia manera de vivir, y de elegir los sistemas económicos y sociales que le parezcan adecuados, dentro del marco de la democracia política. Esto es la autodeterminación democrática en su más amplio sentido.

Hagamos ahora unas cuantas observaciones acerca de los esfuerzos que actualmente realizamos para alcanzar esas metas de nuestra política —supervivencia y democracia— en este mundo tan imperfecto y peligroso.

Hace un cuarto de siglo, la mayor y más inmediata amenaza para la supervivencia de los Estados Unidos y para la democracia del mundo fue el Eje nazi-fascista. Una de las consecuencias de ello fue que prestamos un inmenso apoyo a una de las dictaduras más terribles que hayan existido en la historia de la raza humana: la dictadura de José Stalin. Y, con la ayuda nuestra, la dictadura stalinista pudo derrotar a la invasión nazista. Hoy es incuestionable que el mayor peligro para la supervivencia de los Estados Unidos y para la democracia mundial es la dictadura comunista. Y así como hace veinticinco años ayudamos a impedir la dominación nazi-fascista, tratamos hoy de ayudar a

impedir la expansión de la dictadura comunista. En esta labor se incluye la de ayudar a impedir que los graves males que aún pesan sobre muchas regiones de la tierra (opresión política, explotación económica, prejuicios raciales, etc.) sean explotados por los comunistas de tal manera que la implantación de nuevas dictaduras comunistas pueda consumarse y justificarse. Este es, por consiguiente, el aspecto preventivo de nuestra política actual. Pero están en un error quienes aseguran que la política de los Estados Unidos se limita a un estéril anticomunismo.

El aspecto positivo de la política del gobierno de los Estados Unidos lo constituye nuestro esfuerzo por apoyar el desarrollo de la democracia, tanto en nuestro país como en el extranjero. Este esfuerzo hace del gobierno de los Estados Unidos un activo antagonista del actual *statu quo*. Esto no es una mera teoría, ni son bellas palabras alejadas de la realidad y de la práctica. Es pertinente hacer notar que una profunda revolución social está operándose actualmente en los Estados Unidos en el campo de las relaciones interraciales, revolución que nuestro gobierno está ayudando a realizar con éxito, en forma democrática y con relativamente poca violencia.

Desde luego, el desarrollo de la democracia en los Estados Unidos —tan imperfecto como lo es aún— no ha sido una labor fácil. Y el gobierno de los Estados Unidos está enfrentándose a dificultades mucho mayores, en su esfuerzo por contribuir al desarrollo de la democracia y la autodeterminación fuera de nuestro país. Se suelen subestimar o pasar por alto muchas de

estas dificultades, y esto es precisamente lo que causa gran parte de la interpretación errónea de los objetivos y las tácticas de los Estados Unidos.

Por consiguiente, consideramos útil enumerar algunas de esas dificultades.

## ¿Una Alternativa?

En primer lugar, resultaría ingenuo suponer que siempre hay una alternativa democrática, popular y efectiva, frente a un gobierno impopular o no democrático. La historia de los tiempos modernos nos enseña muy claramente que a menudo no hay alternativa democrática (sea de la democracia de izquierda, de derecha o del centro) dispuesta a gobernar y capaz de hacerlo eficazmente. Y cuando gobiernos no democráticos o impopulares caen, o una votación les quita el poder, es frecuente que, tarde o temprano, tengan por sucesores a otros gobiernos tan impopulares y no democráticos como ellos mismos.

En segundo lugar, resulta asimismo ingenuo suponer que en un país en el cual los cimientos de la democracia son extremadamente débiles, éstos puedan fortalecerse en un breve período. La democracia es un sistema social mucho más civilizado y refinado que la dictadura, por lo que resulta mucho más sencillo establecer una dictadura que edificar una democracia. En realidad, es ésta una de las grandes ventajas tácticas con las que han contado los comunistas y

fascistas contra sus rivales democráticos. Resulta absurdo esperar que una nación que, durante toda su larga historia ha sido víctima de la opresión política y la explotación económica, donde la mayoría de la población es sumamente pobre y no sabe siquiera leer ni escribir, sea capaz de crear de la noche a la mañana una democracia estable. Todas las probabilidades estarían en contra de que esto sucediera. Aun cuando tal nación lograra llevar a cabo unas elecciones honestas y pacíficas, sólo habría dado los primeros y penosos pasos en el largo, difícil y peligroso sendero que conduce a la verdadera democracia. Con ello no estamos negando que la democracia sea el más deseable de los objetivos. Estamos plenamente convencidos de que lo es. Pero con ello queremos significar que la mera toma de posesión de los cargos oficiales por personas bien intencionadas, los discursos pro democráticos y la promulgación de algunas sabias leyes, siendo cosas importantísimas, están muy lejos de ser todo lo que se requiere para establecer una democracia. En un país del tipo arriba descrito, la creación de una democracia estable exige, por ejemplo, que se eleve considerablemente el nivel de educación, que se modernicen los sistemas económicos, que los recursos y la producción nacionales no sólo se empleen y distribuyan de una manera más justa, sino que se incrementen en forma considerable, y que las leyes no sólo se promulguen, sino que se hagan respetar. Una inteligente política exterior exige tanto realismo como idealismo, y no es realista quien supone que a la democracia se llega rápidamente y por un camino fácil.

Otra manifiesta dificultad consiste en que, mientras la dictadura puede ser impuesta desde el exterior, por la acción unilateral de una potencia extranjera, la democracia, por su naturaleza misma, depende en gran medida de la capacidad y el esfuerzo de la propia nación. La capacidad para la democracia tiene que desarrollarse dentro de un país, entre sus propios ciudadanos.

## La Influencia

Ahora bien, hay varias maneras en las que los Estados Unidos pueden ayudar a aumentar la oportunidad para el desarrollo de la democracia en otros países. En realidad, invierten una gran parte de su tiempo, sus planeamientos, sus esfuerzos y su dinero en tal empeño; a veces, obtienen éxitos, y a veces no. Por ejemplo, hay ocasiones en que los Estados Unidos logran ejercer la influencia que convence y anima a otros países a fomentar una política más democrática y a perseguir objetivos más democráticos. Los Estados Unidos a menudo logran ayudar a establecer y difundir los sistemas educativos que favorecen el desarrollo de la democracia. A veces, podemos traer extranjeros a nuestro país con el objeto de ofrecerles la clase de educación que, esperamos, aumentará su capacidad de contribuir a la democracia cuando vuelvan a sus patrias, a la vez que ellos nos ayudan a conocer

mejor las realidades de sus pueblos. Además, con mucha frecuencia proporcionamos a otras naciones una ayuda económica de considerable magnitud. A este respecto, empero, es necesario recalcar lo siguiente: el mero hecho de que el gobierno de los Estados Unidos extienda su ayuda económica a un país no significa necesariamente que estamos de acuerdo con todas las políticas y medidas del gobierno de tal país, ni que necesariamente lo consideramos democrático. Pudiera señalarse el hecho de que los Estados Unidos han dado una considerable ayuda económica a algunos países dominados por los comunistas. No prestamos asistencia económica con la intención de respaldar al **statu quo** o a la dictadura. Antes bien, esperamos que nuestra ayuda llegue a contribuir, directa o indirectamente, tanto al desarrollo de la democracia como al progreso económico del país que la recibe. Si los Estados Unidos extendieran su apoyo económico sólo a aquellas regiones del mundo en las cuales la democracia está bien establecida y floreciente, nos encontraríamos ayudando precisamente a las regiones que menos necesitan de nuestra asistencia.

Obvio resultaría decir que estos asuntos son complicados en extremo. Tomar una decisión sobre política exterior no sólo requiere consideraciones sobre el actual estado de cosas, sino asimismo sobre corrientes y propósitos. Una nación que no haya gozado nunca de un gobierno democrático, posiblemente esté haciendo progresos que, si se considera el grado de su desarrollo económico y educativo, resultan alentadores. Por el contrario, otro país mucho más avanzado en el

camino de la democracia, puede estar entrando en un período de deterioro político. A causa de lo complejo de estos problemas, estamos convencidos de que no existe una fórmula cómoda que podamos seguir, y que nuestras políticas en cualquier tiempo y lugar tienen que depender de nuestro criterio y del análisis de todos los factores que intervienen en el caso. Por consiguiente, nuestras políticas varían según las circunstancias, pero nuestro objetivo global a largo plazo es constante: la democracia.

## Las Soluciones

Quizá sea conveniente que, antes de concluir, dejemos bien establecido que nada de lo precedente trata de sugerir que los Estados Unidos poseen el monopolio de la sabiduría. Es bastante obvio que no hemos llegado siquiera a la solución de todos nuestros propios problemas, y mucho menos conocemos la solución de todos los que afligen al resto del mundo. Tampoco aprovechamos siempre como es debido las oportunidades que se presentan para alcanzar nuestros objetivos. El gobierno de los Estados Unidos, al igual que el de los demás países del mundo, está constituido por seres humanos. En ocasiones, nos basamos en una información deficiente. Y, a veces, formamos juicios erróneos. Sin embargo, con frecuencia actuamos sobre bases de buen criterio y correcta información, y obtenemos re-

sultados muy provechosos. También debiera hacerse notar que, debido a que los Estados Unidos han llegado a ser un país más profundamente democrático, y debido a que sus problemas y responsabilidades como potencia mundial han aumentado, nuestra política exterior es ahora más democrática, y nuestras actividades en pro de la democracia mundial se han intensificado.

## Las Críticas

Por supuesto, dentro y fuera de nuestro país, se levantan críticas a nuestra política. Esas críticas, en realidad forman parte del proceso democrático, y cuando están bien basadas y son imparciales y constructivas, pueden ser muy útiles. Empero, no todas las críticas respecto a los Estados Unidos son de este tipo. Algunas son mal intencionadas, y se basan casi siempre en prejuicios y en informaciones falsas. Pero, ya sea bien intencionada o no, la crítica de nuestras tácticas no es muy inquietante. Lo que sí produce seria preocupación es la interpretación errónea y la sospecha respecto de nuestros motivos y objetivos básicos. Durante los dos últimos años en Washington, en el curso de mis innumerables y largas discusiones sobre ideología política con grupos de visitantes extranjeros, he tenido oportunidad de oír tales interpretaciones erróneas. Muchas de ellas han surgido precisamente en relación con los temas que hemos mencionado.

Estas pocas páginas se han escrito con la esperanza de rectificar algunos de esos equívocos. Desde luego, habría que añadir aún muchas otras cosas. Pero si el lector encuentra difícil aceptar algunas —o la mayoría— de las afirmaciones y razonamientos arriba expuestos, más valdrá que conteste por sí mismo las siguientes preguntas:

¿No es evidente que un mundo abundante en democracias, prósperas y bien encauzadas, sería un mundo más seguro para los Estados Unidos?

¿No es evidente que los mayores focos de desavenencia del mundo actual serían mucho menos peligrosos —desde el punto de vista de los Estados Unidos— si en ellos hubiera un nivel de vida elevado, un sistema económico moderno y una larga y firme tradición democrática?

¿No es evidente que los mejores aliados de los comunistas y fascistas son la injusticia, la opresión política, la explotación económica, la ignorancia, la pobreza y los prejuicios raciales?

Y, ¿no es natural que los norteamericanos que han trabajado y luchado con tanto tesón en favor del desarrollo de la democracia en su propio país se sientan solidarios de la causa de la democracia en el mundo entero?